

El punto de vista de un demócrata árabe

Mahmoud Ben Romdhane

El 11 de setiembre del 2001 es un día negro en la historia de Estados Unidos y del mundo. Un comando perfectamente organizado, compuesto por unos veinte kamikazes y animado por una determinación terrible, ejecutó un proyecto que habían preparado de una manera extremadamente minuciosa, y cometió un terrible crimen contra la humanidad: el ataque contra los símbolos del poder económico, financiero y militar de los Estados Unidos.

El rasgo común de los autores es que son árabes y están bajo un liderazgo con base en Afganistán, un país dirigido por fanáticos que se presentan como la expresión más pura del Islam sobre la Tierra.

Para los adeptos al "choque de las civilizaciones", la respuesta era rápida: ese acto expresa la oposición cada vez más irreductible entre el Islam y la civilización occidental moderna.

Para los demócratas del mundo árabe y los del mundo árabe-musulmán, el ataque del 11 de setiembre aparece como la obra de una organización política que ha logrado una dimensión panislámica, la expresión de fuerzas y de corrientes totalita-

rias y retrógradas que marcan la región.

Estas fuerzas siempre han tenido como blanco también a los demócratas de sus propios países, porque ellos luchaban por las libertades, la igualdad entre hombres y mujeres y por el diálogo entre las civilizaciones. Fuerzas que muchas veces fueron banalizadas en Occidente y hasta consideradas como aliados que sirvieron como "socios" en los conflictos internacionales.

Beneficiándose de la simpatía, de la complicidad y del financiamiento de ciertos regímenes reaccionarios (Arabia Saudita, Pakistán, Sudán...), esas fuerzas encuentran su medio de cultivo en un orden internacional fundamentalmente injusto y en los poderes locales vergonzosos y corruptos, títeres de los Estados Unidos.

Para los demócratas, la respuesta al problema de ese "terrorismo" consiste ciertamente en buscar y castigar a quienes planearon los atentados y a quienes los cometieron, siempre que se haga en el marco del respeto del Estado de derecho. "Justicia y no venganza": así lo resumió bien Amnistía Internacional en los

primeros días siguientes a los atentados del 11 de setiembre.

Más allá de esa exigencia inmediata, la respuesta fundamental consiste, por un lado, en poner fin a la banalización de las fuerzas políticas que avivan estas corrientes totalitarias, y, por otro lado, en dejar sin sustento la fijación que les sirve para su justificación en el orden regional e internacional. Esto significa, en especial:

– dar un ultimátum a Israel para que ponga fin a su ocupación y a las violaciones en las que no deja de incurrir frente a los palestinos; y,

– ponerle fin al embargo y al bombardeo de Irak, que hasta ahora no han debilitado de manera alguna la sangrienta dictadura de Saddam Hussein, pero que sí han causado la muerte de medio millón de niños.

Una respuesta consiste también en combatir decididamente las violaciones de los derechos humanos cometidas por los regímenes autoritarios del mundo árabe-musulmán, y

Mahmoud Ben Romdhane es profesor universitario y ex presidente del Comité Ejecutivo Internacional de Amnistía Internacional.

en apoyar a todos aquellos que luchan para las libertades, la justicia y la amistad entre los pueblos. Pero no es esa la vía que el gobierno de los Estados Unidos ha seguido.

Cierto es que Washington rectificó rápidamente las primeras torpezas cometidas, que iban en la dirección de inscribir el contraataque en una "guerra de las civilizaciones": referencias a la "cruzada" o a la "justicia infinita" fueron rápidamente abandonadas y se estableció una clara separación al nivel más alto entre lo que era el Islam como religión y el islamismo como expresión política.

El presidente George W. Bush hizo públicamente la pregunta "¿por qué nos odian?", lo que llevó a pensar que más allá de la persecución y del juicio a los autores intelectuales y a quienes cometieron el atentado, Estados Unidos atacaría la raíz del problema.

Lamentablemente, nadie intentó una respuesta a esa pregunta, y la estrategia del contraataque americano se limitó al nivel de la seguridad. Un nivel de seguridad que ha llevado a despreciar el Estado de

derecho: instauración de una justicia de excepción; voto de una ley que se dice "patriótica" y que permite a las autoridades retener a sospechosos por un tiempo casi indefinido, deportarlos, encarcelarlos en celdas de aislamiento, allanar sus casas sin autorización judicial; tratamiento degradante e inhumano de los presos, especialmente de los que fueron llevados a la base de Guantánamo; operaciones militares que se realizan en Afganistán sin tomar precauciones que protejan a la población civil; asesinatos a gran escala de combatientes que se rindieron... Y para impedir cualquier persecución contra militares sospechosos de graves crímenes, una campaña formidable contra el proyecto de la Corte Penal Internacional y la presión ejercida sobre los estados para que firmen convenios que impidan la extradición de ciudadanos americanos a esta Corte.

Con el respaldo de Estados Unidos, Israel ha continuado su política de violaciones sistemáticas de los derechos humanos, con soberbia y despreciando la legalidad internacional y la

conciencia universal: asesinatos premeditados, incluso de equipos de rescate de personal médico; uso de aviones y de misiles contra viviendas; desplazamientos forzados de la población; implantación de poblaciones de colonias en los territorios palestinos; destrucción de casas; saqueo de plantaciones; arrestos masivos; castigos colectivos para que la población se rinda por hambre... George W. Bush ha calificado estos crímenes como "defensa legítima", y a su perpetrador, Sharon, como "un hombre de paz".

Las bombas americanas y las británicas continúan lloviendo sobre Irak, con intensidad redoblada en estos últimos meses, hiriendo y matando a decenas y hasta cientos de civiles. Y se prepara un ataque masivo, justificado por la extensión de la definición del "enemigo": enemigo ya no es solo el "terrorismo" sino "el eje del mal", lo que incluye a partir de ahora también a Corea del Norte, Irak e Irán.

Los regímenes autoritarios de la región se benefician más bien de un respaldo creciente. El general golpista Pervez Moucharraf de Pakistán –ayer aún persona *non grata*– se convierte en interlocutor y aliado privilegiado. Ni los gritos del presidente legítimo Nawaz Sharf ni los de las víctimas que se pudren en las cárceles del golpista han pasado más allá de los muros de sus prisiones. Y todos los poderes árabes en el sitio, cubiertos por "la lucha contra el terrorismo", preparan una guerra implacable contra las libertades.



Para los demócratas del mundo árabe y los del mundo árabe-musulmán, el ataque del 11 de setiembre aparece como la obra de una organización política que ha logrado una dimensión panislámica, la expresión de fuerzas y de corrientes totalitarias y retrógradas que marcan la región.

La Convención Árabe para la Oposición del Terrorismo, recientemente aprobada, define el "terrorismo" de una manera deliberadamente extensa y borrosa y permite a los estados incorporar actividades legítimas de la oposición pacífica en el concepto de "terrorismo". Su disposición respecto del "refuerzo de los servicios mediáticos de las fuerzas de seguridad" abre la puerta a un creciente control de la libertad de prensa y de expresión. La ausencia de un dispositivo que se refiera a la autorización y el control judicial de la obtención y el intercambio entre los estados árabes de información relacionada con sus ciudadanos, constituye un ataque contra el derecho a la vida privada. La ausencia de medidas de protección respecto del derecho a un proceso justo y contra la tortura deja la puerta abierta para cualquier resbalón...

Para los demócratas del mundo árabe-musulmán, el escenario posterior al 11 de setiembre del 2001 representa una regresión espectacular del estado de las libertades y marca un fortalecimiento de las tendencias totalitarias que están obrando en sus propios países.

A pesar del exceso de los medios desplegados por el gobierno estadounidense en la lucha contra el "terrorismo", hoy podemos constatar que sus resultados, incluso aquellos en el "frente de seguridad", no son nada reconfortantes. Ciertamente el poder talibán fue destruido en tanto un nuevo gobierno aliado fue instalado; una gran parte de la infraestructura de Al Qaeda fue desmantelada, pero el informe del periodo, remitido el 4 de setiembre al Consejo de Seguridad por el "grupo de seguimiento" constituido el 16 de enero del 2002 para verificar la implementación de las resoluciones de la ONU en la lucha antiterrorista, indica que Al Qaeda "se ha reconstituido, ha ganado nuevos reclutas" y continúa constituyendo "una amenaza significativa para la paz y la seguridad internacional".

El mismo informe da cuenta de que la red, "una serie de células [...] en por lo menos cuarenta países", habría "transferido la mayor parte de sus actividades financieras al África, al Medio Oriente y a Asia". Seguiría muy presente en las zonas fronterizas con Afganistán, sobre todo en Pakistán, y se habría infiltrado en Occidente a través

de la inmigración por etapas desde Asia Central, Turquía y los países balcánicos, dedicando "particulares esfuerzos en Europa y Estados Unidos" para reclutar a "residentes que no necesitan visa para viajar".

En tono alarmista, el relator británico Michael Chandler indica que "se puede pensar que Al Qaeda prepara nuevos ataques" y que "se están haciendo expertos" para un futuro "de agentes químicos y biológicos" para llevar a cabo "ciberataques".

A pesar de los veinticinco millones de recompensa para cualquier persona capaz de atraparlo, Osama Bin Laden parece seguir en libertad y con él el Mollah Omar, signo de que Al Qaeda sigue gozando de un amplio respaldo. Los atentados que rebrotaron desde el segundo trimestre son cada vez más destructivos y audaces —en particular el intento de matar a Hamid Karzai, el presidente afgano, el 5 de setiembre, en Kandahar— y confirman los temores expresados en el informe del "Grupo de Seguimiento".

La estrategia estrictamente de seguridad de Estados Unidos está sometida a una prueba severa, y el tiempo juega cada vez más contra ella. El primer poder del mundo no puede seguir sordo a las llamadas por la instauración de un nuevo orden mundial y regional más justo; si no, puede hacer entrar al mundo árabe-musulmán en un círculo infernal propicio a las fuerzas fanáticas y agente de una "guerra de las civilizaciones". ▲